



VII

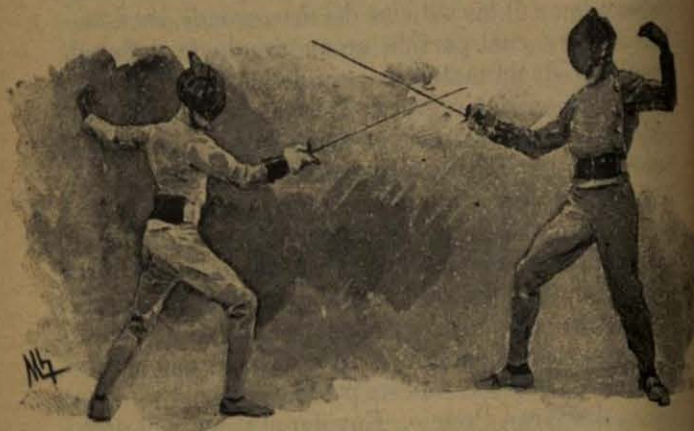
Una Yago.

El remordimiento que tan inocentemente experimentaba Montfanón una vez en posesión de su cabal juicio, debía crecer bien pronto en el corazón del honrado caballero. Razón había tenido para decir desde el principio que el negocio se anunciaba mal. Una cuestión complicada con la vía de hecho ó la tentativa de ella, como él mismo había comprendido desde las primeras palabras de Chaprón, no es cosa fácil de arreglar si no se hacen prodigios de

diplomacia. La menor pérdida de sangre fría de parte de los testigos equivale á una catástrofe. Como en tales circunstancias sucede, los sucesos se precipitaron y las previsiones pesimistas del irritable Marqués se cumplieron casi al mismo tiempo que él las anunciaba. Apenas habían Dorsenne y él abandonado el palacio Savorelli cuando llegaba Gorka, citado por el Barón para las diez. La energía con que rechazó la proposición de un arreglo, que exigía excusas de su parte, sirvió de señal al prudente Hafner y al no menos prudente Ardea para una retirada definitiva. Era para ellos evidente que una conciliación era imposible entre el choque de un loco y una persona tan difícil de convencer como el más autorizado de los testigos de Florent se había presentado. Pidieron, pues, á Gorka, de común acuerdo, que les relevase de su misión, tomando como legítimo pretexto las relaciones de Fanny y de Ardea. Gorka les devolvió su palabra, y la tal retirada fué una segunda catástrofe. En su impaciencia por encontrar testigos que hablasen alto y fuerte, Gorka corrió al Círculo de la Caza y la casualidad quiso que encontrase dos compañeros; un Marqués Cibo, romano, y un Príncipe Pietrapertosa, napolitano, que eran, sin duda, los más apropiados para llevar el más sencillo asunto á las peores consecuencias. Estos dos jóvenes, de la mejor nobleza de Italia, muy inteligentes, muy leales y muy buenos, pertenecían á esa clase particular que se encuentra en Viena, en Madrid, en San Petersburgo, en Milán, en Roma, de *clubmen* extranjeros ipnotizados por París. ¡Y qué París! El de las fiestas elegantes que se pasa la mañana practicando ejercicios de moda, la tarde en carreras y en las salas de armas, la primera parte de la noche en el teatro, la

restante en el juego. Ese París que emigra, según la fecha, á Monte Carlo para el Tiro del Pichón, á Deauville en la semana de carreras, á *Aix-les-Bains* cuando la época del Baccarat, poseyendo sus costumbres, su lenguaje y hasta su cosmopolitismo, pues ejerce en ciertas imaginaciones, al través de Europa, un tan despótico imperio, que Cibo, por ejemplo, y su amigo Pietrapertosa no abrían jamás un periódico francés que no fuese del boulevard, buscando en él las noticias del *demi-monde*, los detalles de tal ó cual partida en un círculo de moda, el resultado de un match en casa de Gastinne y el de un asalto entre tiradores célebres. Era entre ellos objeto de constante conversación saber si la espiritual Gladys Harvey era más elegante que Leona d'Asti, si Lautrec ganaría ó no al juego, etc. Apriados en Roma por lo exiguo de sus recursos y también por la voluntad de su tío el uno, de su abuelo el otro, tío y abuelo á quienes debían heredar, todos sus placeres reducíanse al mes que en el invierno iban á pasar á Niza y al viaje que hacían á París para pasar en este punto seis semanas en la época del Gran Premio. Envidioso el uno del otro, hasta disputarse con la más cómoda rivalidad la menor escapada al Círculo de los Campos Eliseos ó á la calle Real, afectaban con sus consocios del Círculo de la Caza la actitud de augures, cuando el telégrafo les traía la noticia de un célebre proceso de adulterio parisién que comentar. Esta inofensiva manía, que había hecho del robusto y rojo Cibo y del largo y flaco Pietrapertosa dos deliciosos fantoches dignos de estudio para Dorsenne, durante el invierno que pasó en Roma, debía hacer é hizo de ellos dos terribles testigos al servicio de la venganza de Gorka. Después de esta sencilla descripción,

todos los que de cerca ó de lejos han estudiado á los esgrimidores comprenderán la alegría y solemnidad con que aceptaron su misión, y también con qué rigor y corrección, á las nueve de la mañana se presentaron para conferenciar con los testigos del adversario de su patrocinado. A las diez y media el duelo estaba dispuesto hasta en sus menores detalles. La energía desplegada por Montfanón en una



discusión de tres mortales horas, no había producido más efecto que el de atenuar algo las condiciones: se cambiarían cuatro balas á veinticinco pasos. Fijóse el duelo para la mañana del siguiente día, en un cercado contiguo á una posada que Cibo poseía en pleno campo romano, no lejos de la clásica tumba de Cecilia Metella. Preciso fué para obtener esta distancia y el empleo de armas nuevas el prestigio de que el Marqués se revistió repentinamente á los ojos de los testigos de Gorka, pronunciando el nombre, aún legendario en provincias y en el extran-

jero, de Gramont-Caderousse. ¡*Sic transit gloria mundi!*—Al salir de la conferencia el excelente hombre tenía lágrimas en los ojos.

—¡Es por culpa mía!—gemía.—¡Es por mi culpa! Con Hafner hubiéramos obtenido un acta poniendo un poco de nuestra parte. El mismo nos la ofrecía. ¡Pobre Chaprón! Yo mismo le he puesto en esta situación. Debo no abandonarle y seguirle hasta el fin. ¡Y heme aquí, á mi edad, asistiendo á un duelo! ¿Ha visto usted cómo esos *snobs* han bajado de tono, cuando les he hablado de mi encuentro con ese pobre Caderousse? ¡Cincuenta y dos años y un mes y no saber aún cómo conducirse! Corramos á la calle Leopardi. Quiero pedir perdón á nuestro representado, y darle algunos consejos. Le llevaremos á casa de uno de mis viejos amigos que tiene un jardín cerca de la villa Pamphili, completamente desierta. Pasaremos lo que resta de tarde haciéndole tirar al blanco. ¡Ah! ¡Maldita cólera! ¡Era tan sencillo aceptar el proyecto del otro! ¡Con dos ó tres palabras todo se hubiera arreglado como era debido!

—Consuélese usted, Marqués—respondió Florent cuando el desolado gentil hombre le hubo expuesto el deplorable resultado de sus negociaciones.—Prefiero esto. El señor Gorka tiene necesidad de un correctivo. No tengo más disgusto que el de no haberse dado más completo. De todos modos me hubiera batido lo mismo.

—¿Ha tirado usted á la pistola?—preguntó Montfanón.

—¡Bah! He cazado mucho, y me creo un buen segundo fusil.

—Hay la misma diferencia que entre la noche y el día—interrumpió el Marqués.—Esté usted pres-

to. A las tres vaya usted á buscarme é iré á darle una lección. Además... ¡hay un Dios para los valientes!

Aunque Florent merecía este elogio por la tranquilidad que su respuesta probaba, los primeros momentos que pasó después de la marcha de sus dos amigos fueron muy penosos. El Mariscal Ney, que se conocía, ha arrojado una palabra de una brutalidad sublime en boca de un héroe que no había preferido cuando la famosa marcha sobre Orche, más que esta queja: "No estamos bien". Es preciso citarla porque es siempre la pura verdad humana. "¿Quién es, pues, el J. F. que pretende no haber tenido nunca miedo?"

Lo que Chaprón sintió durante algunos momentos era una angustia legítima, el enervamiento de mirar al reloj y decirse:—¿Dentro de veinticuatro horas viviré aún?—Mas era de una naturaleza viril que sabía dominarse. Procuró, pues, luchar contra aquella impresión de debilidad, y mientras llegaba la hora de reunirse con sus amigos, resolvió escribir su última voluntad. Desde años antes su intención era dejar á su cuñado toda su fortuna. En este sentido, redactó, pues, su testamento, con mano temblorosa al principio, firme después. Cerrado el testamento, tuvo aún ánimos para escribir dos cartas, dirigidas la una á su cuñado, la otra á su hermana. Cuando terminó estos preparativos el reloj marcaba las dos y cuarenta.

—Aún tengo diecisiete horas y media de espera—dijo,—pero creo que he dominado mis nervios. Un paseo acabará de sujetarlos.

Y resolvió ir á pie al sitio en que Montfanón le había citado. Había encerrado los tres sobres en el cajón de su mesa. Aseguróse que Lincoln no estaba

en su estudio; preguntó después si la señora de Maitland estaba en casa. Le respondieron que acababa de vestirse y que había pedido el coche para las tres.

—Bien—dijo.—Nada sospechan. Estoy salvado.

¿Qué asombro hubiera sido el suyo si hubiera podido, mientras se dirigía siempre algo indolentemente hacia el Capitolio, volver su pensamiento á la habitación que acababa de dejar! Hubiera visto una mujer que entraba sin ruido por la puerta abierta con precauciones de malhechor. Hubiera visto remover sus papeles sin desarreglarlos y fruncir el ceño ante la carta de Dorsenne y del Marqués. Hubiera



visto, en fin, sacar de su bolsillo un manojito de llaves, ensayar una en el cajón que Florent había cerrado tan cuidadosamente, y, una vez abierto éste, sacar los tres sobres que aquél había dejado sin cerrar. Esta mujer, que leía con un rostro contraído por la angustia aquellos papeles, descubiertos gracias á una astucia que atestiguaba

vergonzosos hábitos de espionaje, era su propia hermana, aquella Lydia que él creía tan dulce, tan sencilla, y á la que había escrito un tiernísimo adiós, para el caso en que fuera muerto; aquella Lydia que le hubiera espantado de poder verla así; tanto desfiguraba la pasión su fisonomía, de una belleza que pasaba por insignificante. Ella misma, la audaz espía, temblaba como si fuera á caer. Sus ojos se dilataban, palpitaba su seno, rechinaban sus dientes; tanto terror la producía lo que veía, y cuya causa era ella. ¿No era ella la que había escrito los anónimos á Gorka para anunciarle la intriga de Lincoln con la señora Steno? ¿No había buscado para envenenar aquellas terribles cartas las frases más propias á fin de herir al amante engañado en su amor propio? ¿No había precipitado la vuelta del celoso con la seguridad de avivar así una trágica venganza sobre las odiadas cabezas de su marido y de la veneciana? Al fin veía esta venganza. ¿Pero contra quién? Contra la única persona á quien Lydia amaba en el mundo, contra aquel hermano que veía en peligro por culpa suya, y esta idea le fué tan dolorosa, que se dejó caer sobre el sillón en el que Florent estaba sentado un cuarto de hora antes, repitiendo con acento de locura:

—¡Va á batirse!... ¡Es él quien se bate... él... en vez del otro!

Toda la historia moral de aquella alma violenta y tenebrosa se resumía en ese grito, en el que la ansiedad apasionada para con su hermano uníase á un odio feroz para con su marido. Desde su infancia mostró Lydia el fondo de su carácter. ¿Pero quién se encontraba á su lado para poder enderezar aquella naturaleza, en la que la herencia de una raza oprimida se manifestaba, como ya se ha

dicho, por dos disposiciones de las más detestables: la hipocresía y la perfidia? ¿Quién se acuerda ante los niños de esta verdad decantada en la práctica y vanal en la teoría, á saber: que los defectos de los diez años serán los vicios de los treinta? Aún muy niña, Lydia mentía con tanta naturalidad como su hermano decía la verdad. Al mismo tiempo apuntaba en ella el defecto de una envidia irracional, instintiva, casi enfermiza. No podía ver en manos de Florent un juguete nuevo sin enfurruñarse en seguida. No soportaba que su hermano besase á su padre, sin interponerse entre sus caricias, y menos que se divirtiese sin ella con sus camaradas. Si Napoleón Chaprón se hubiese preocupado por los problemas del carácter como lo estaba por la venta de sus algodones ó de sus cañas de azúcar, hubiera visto con tristeza estas primeras líneas de una personalidad malvada. Pero, semejante en este punto á su hijo, era uno de esos hombres sencillos que no juzgan á los que aman. Por otra parte, Lydia y Florent representaban para su sensibilidad herida de medio paria el único rincón dulce, puro consuelo de su viudez y de su misantropía. Les quería con ese amor idólatra que los grandes trabajadores sienten por sus hijos, que es una de las formas más peligrosas de la ternura paternal cuando el buen sentido de la madre no corrige estas debilidades. Los nacientes vicios de Lydia fueron para el plantador deliciosas fantasías. ¿Mentía la niña? El excelente hombre exclamaba: "¡Qué talento tiene!", ¿Suspiraba apretando su pequeño cuerpo contra el robusto pecho de su padre? "¡Qué sensible es!". De esta egoísta ceguedad—pues amar así á los hijos es amarles por uno propio y no por ellos—resultó que la pequeña era ya, cuando fué á Roehampton,

una criatura excesivamente mimada. Pero era tan linda, debía á la mezcla singular de tres sangres una originalidad tan seductora, que únicamente la mirada de una institutriz de genio hubiera apreciado bajo aquella apariencia las líneas de su verdadero carácter. Tales institutrices son raras, y en Roehampton no había ninguna cuando Lydia entró en la religiosa casa que debía serle muy funesta, por una razón contraria á la que transformó para Florent los prados del apacible Beaumont en delicioso paraíso de amistad.

Entre las pensionistas, había, en efecto, cuatro jóvenes de Filadelfia, mayores que la recién llevada unos dos años, y que habían abandonado América por la vez primera. Llevaban invencibles prejuicios contra la sangre negra y esa prodigiosa perspicacia para descubrirla en dosis infinitesimales, que distingue á las verdaderas yankees. La niña Chaprón había sido inscripta como francesa, y ellas dudaron ante una sospecha que se cambió en certeza y ésta en una aversión que no trataron de disimular. No hubiesen sido niñas si no hubieran sido feroces. Comenzaron por atormentar á Lydia con mil detalles, sin llegar á propagar el desdén que por ella sentían. Los conventos y los colegios son semejantes á las demás sociedades humanas. En ellos el desprecio injusto es parecido al juego de la sortija, que corre de mano en mano y que vuelve sin cesar al punto de partida. Todos los desdénosos son á la vez desdeñados por alguno, merecida pena que no corrige nuestro orgullo, como los otros castigos de la vida no curan nuestros defectos. Las perseguidoras de Lydia eran objeto de ultrajes por parte de sus compañeras, nacidas en Inglaterra, á causa de ciertas particularidades en sus

frases y por lo nasal de su pronunciación. Su animosidad contra Lydia valió á ésta un verdadero partido. Aquel drama de convento se limitó á una serie de insignificantes episodios, de los que las vigilantes apenas percibieron el eco. Los niños alimentan pasiones tan vivas como nosotros; pero siempre tan cortadas por el juego y tan rápidas, que es imposible medir exactamente su fuerza ni descubrirlas sino por sus efectos, en general muy lejanos. El amor propio de Lydia fué herido de una manera incurable por aquella revelación de la singularidad original. Volvieron á su imaginación ciertos incidentes de su vida americana. Acordóse del retrato de su abuela, de la tez, las manos y los cabellos de su padre, y sintió la innoble vergüenza de su origen y de su familia, más frecuente en los niños que lo que imagina nuestro optimismo, y uno de los peores fermentos de íntima desmoralización. Los padres de humilde origen que hacen dar á sus hijos una educación libre les exponen á esto; ¡y cuántos odios sociales datan del momento en que un mozo de doce años ha enrojecido ante él mismo por la condición de los suyos! En Lydia, tan instintivamente envidiosa y mentirosa, estas primeras ulceraciones produjeron envidias y mentiras. La más ligera superioridad de alguna de sus compañeras la hacía sufrir, y quiso compensar con triunfos personales aquella diferencia de sangre que, una vez notada, hizose llaga en una naturaleza vanidosa como la suya. Para asegurar estos triunfos, quiso seducir á cuantas personas se le acercaban, maestras y compañeras, y comenzó á practicar la constante comedia de actitudes y sentimientos á que nos lleva ese fatal deseo de agradar, esa encantadora y peligrosa disposición que á veces confina en la bon-

dad ó en la falsedad. Vale más hacer sentir á los otros la dureza de un egoísmo confesado que modelar sin cesar un alma que concuerde con sus exigencias. A los doce años, y adiestrada en esta constante escuela de comediantes, Lydia era, bajo la más graciosa forma, un ser profundo aunque inconscientemente perverso, poco capaz para sentir afectos—no amaba realmente más que á su hermano,—y dispuesta para la invasión de las pasiones que el odio engendra, natural cosecha de las almas orgullosas, secas y falsas. El matrimonio acabó de desarrollar en ella una de las pasiones más mortíferas: la envidia.

Este odioso vicio ha sido tan mal estudiado por los moralistas, como demasiado deshonroso, sin duda, para el corazón del hombre, que este hecho parecerá inverosímil. La señora de Maitland estaba desde hacía algunos años envidiosa de su marido, pero envidiosa como podía estarlo uno de los rivales del artista, como una mujer bonita de otra, como un banquero de otro banquero, ó un político de su adversario, con esa envidia feroz, implacable, que se convierte en dolor físico ante el buen éxito, que se llena de sensual alegría en los desastres. Gran error es limitar los estragos de esta culpable pasión al dominio de la emulación profesional. Cuando es profunda no ataca solamente á las cualidades de la persona, quiere á la persona misma, y así era como Lydia envidiaba á Lincoln. Tal vez el análisis de este sentimiento muy subjetivo, explicara tristemente á aquellos que lo sienten la génesis de algunas de las antipatías que sienten entre sus más allegados. No solamente entre esposos se encuentran estas envidias secretas, sino entre amantes, entre amigos, de hermano á hermano, y alguna vez

de padre á hijo, y de madre á hija. Habíase Lydia casado con Maitland por obediencia un poco á los deseos de su hermano, mucho por vanidad, puesto que el novio era un americano de los Estados Unidos, y había en aquel matrimonio una especie de victoria sobre el prejuicio de raza, en el que pensaba siempre, sin hablar jamás de él. Tres meses de vida común bastaron para que notase que Maitland no se perdonaba aquel matrimonio. Aunque afectase despreciar á sus compatriotas, y aunque en el fondo no participase de ninguna de las ideas de un país donde no había vuelto á poner los pies desde los cinco años, no soportó sin disgusto algunos comentarios hechos en Nueva York sobre aquel matrimonio, el eco de los cuales llegó hasta él por muchas partes. Sintió Lydia la humillación. Sin duda el nacimiento de un hijo hubiera modificado aquella primera impresión, y, si no transformado, enternecido al menos el acre corazón de la joven.

Pero no le tuvieron. No habían vuelto de su viaje de novios, durante el que Florent les había acompañado, y ya su vida estaba ligada á esa convención del silencio que aparta á los esposos cuyos corazones no laten al unísono. Desde aquel viaje por España, que hubiera debido ser un continuo encanto, la joven sentía celos de la preferencia evidente que Florent daba á Maitland sobre ella. Por primera vez se dió cuenta del lugar que aquella apasionada amistad ocupaba en el corazón de su hermano. Este la amaba también, pero en segundo término. Esta comparación le produjo un escozor de todos los días, de todas las horas, que no tardó en envenenar la herida. De regreso en París, donde pasaron cerca de tres años, hizose mayor la herida, por el solo hecho de que la poderosa personalidad

del pintor relegó pronto á la sombra la de su mujer, sencillamente, casi mecánicamente, como un gran árbol colocado junto á otro más pequeño roba á éste el sol y el aire. La sociedad de aficionados, de artistas, de escritores, que iba á casa de Lincoln, no iba más que por él. La casa que habían alquilado estaba instalada por él. Algunos viajes que hicieron, por él fueron organizados. Lydia era arrastrada como Florent en la órbita de la fuerza más despótica que hay en el mundo: la de un talento célebre. Un libro entero sería necesario para pintar en su verdad cotidiana las continuas humillaciones que llevaron á la joven á aborrecer aquel talento y aquella celebridad, con tanto más ardor cuanto que Florent les adoraba. Fué, no obstante, honrada, en el sentido en que se toma esta palabra por el mundo, que hace consistir todo el deshonor de la mujer en las faltas del amor. Vivía en un fondo de histerismo, como la mayor parte de las comediantas de nacimiento, y, por consecuencia, de inalterable frialdad. Dejó, en cambio, que crecieran en ella los instintos de un ser poco honrado. Acabó por odiar á Lincoln con una aversión que iba de la animosidad física á las cosas de la inteligencia, pasando por los más vulgares detalles de su existencia común. Detestóle por su sangre blanca, que hacía de aquel alto y robusto mozo rubio un tipo admirable de la belleza anglo-sajona, al lado de ella, tan delgada y como seca, á pesar de su lindo rostro mestizo. Detestóle por aquella elegancia original con que sabía adornar los sitios donde habitaba, mientras ella conservaba un instinto de salvaje para el arreglo de las telas y colores.

Cuando notaba un progreso en el pintor, sentía agolpársele la hiel en el corazón; cuando él se que-

jaba de su trabajo y veíale presa de las tristezas dolorosas del artista que duda de sí mismo, sentía Lydia profunda alegría, sólo empañada por la tristeza en que aquellas luchas de Lincoln arrojaban á Florent. Nunca había encontrado los ojos de Chaprón fijos en Maitland con esa mirada de un perro fiel que goza con la alegría de su amo, ó que sufre con sus pesares, sin sentir ella también, como Alba Steno, la sensación de un pinchazo en el corazón. El culto idólatra de su hermano por el pintor la hacía sufrir tanto más cuanto que comprendía, con la perspicacia infalible de la antipatía, el inmenso engaño en que el primero estaba.

Ella sabía que en aquella amistad, como casi siempre sucede, uno sólo era el que lo daba todo para no recibir en cambio más que el más brutal de los agradecimientos, aquel con el que un cazador ó un amo gratifica á un perro fiel. Había insinuado pérfidamente á Florent el carácter de Lincoln, pero tuvo que reconocer su impotencia, y millares de impresiones de odio habíanse de este modo acumulado en su corazón, para resumirse en uno de los frenesís de taciturna rabia que estallan á la primera ocasión con una energía tremenda y que asombran al que no ha seguido paso á paso su lento é irresistible progreso. Nuestra ignorancia pronuncia entonces palabras de inconsciencia, de aberración y de monstruosidad. No hay nada monstruoso en absoluto, en la naturaleza moral más que en la física. El crimen mismo tiene sus leyes de desarrollo. Entre la pequeña que lloraba al ver en manos de Florent un juguete nuevo y la Lydia Maitland que forzaba cerraduras y enviaba anónimos, hambrienta de venganza hasta lo infame, no se había producido ninguna dramática revolución

de carácter. La lógica del tiempo había bastado.

¡Cuánto buscaba Lydia la ocasión de satisfacer aquella profunda y mortal envidia, antes de que la señora Steno se apasionase del pintor! Nada había conseguido. Redújose todo á esas menudencias de la animosidad de una mujer á procurar, como víctima de una torpeza, que su marido leyese todos los artículos algo desagradables, escritos sobre sus cuadros; á alabar, fingiendo ingenuidad ante él á los rivales que le hacían sombra; á referirle, con aire de imbecilidad, las menores censuras enunciadas sobre algún cuadro expuesto por el pintor; pequeñas miserias, que producían el resultado de irritar á Florent, pues Maitland era de esos obreros del arte, muy alegres por el empleo de su actividad, para que el juicio de otros les preocupe mucho. Por otra parte, antes de que la Duxesa le hubiese hecho sentir una pasión profunda, no había amado. Muchos pintores son así, satisfaciendo con magníficos mil delos el fuego de su temperamento, que no llega desde los sentidos al corazón. Acostumbrados á mirar el ser humano bajo un aspecto particular, encuentran en una belleza que nos parece simplemente animal principios de emoción plástica, que bastan alguna vez á toda su amorosa exigencia. Son heridos más profundamente cuando á esta borrachera, un poco grosera, se unen en la mujer que la inspira las gracias refinadas del talento, las lindas delicadezas de la elegancia y la sensibilidad del sentimiento. Este era el caso de la señora Steno, que inspiró en seguida al pintor una pasión tan completa como un primer amor. La Condesa, que tenía el genio de la voluptuosidad, no se engañó. Lydia, que tenía el genio del odio, no se engañó tampoco. Supo á qué atenerse desde el primer día:

primero, porque era tan observadora como disimulada; después, gracias al empleo de medios menos hipotéticos que la adivinación. Tenía por costumbre esos procedimientos de espionajes abominables que emplean, hay que confesarlo, de diez mujeres nueve. ¡Y cuántos hombres son también mujeres en este punto, como decía el fabulista! En el colegio, Lydia era de esas niñas que suben al dormitorio ó que penetran en el estudio para registrar los cajones y los baules abiertos de sus compañeras. Ya mayor, nunca tuvo entre las manos una carta sin que se ingeniase para leerla al través del sobre, ó, por lo menos, para adivinar por el sello y la letra de aquél quién era su autor. Este instinto de curiosidad era de tal fuerza, que no podía contenerse en las oficinas de telégrafos para no mirar por encima del hombro de las personas que esperaban ante ella y leer el despacho. No se peinaba ni se vestía sin interrogar minuciosamente á su criada sobre las conversaciones de la cocina y de la antesala. Por una revelación de esta especie había sabido el altercado entre Florent y Gorka en el vestibulo, lo que prueba, entre paréntesis, que esos espionajes por medio de los criados son á menudo eficaces. Pero descubren un carácter, una bajeza, que no retrocederá, en una crisis, ante ninguna villanía.

Cuando Lydia Maitland sospechó las relaciones de la señora Steno y su marido, no dudó en abrir el secreter de este último, como no dudó más tarde en abrir el de su hermano. La correspondencia que leyó valiéndose de tales medios, era de naturaleza para exasperar su deseo de venganza hasta el furor. No solamente adquirió la evidencia de una dicha participada, que humillaba en ella á la mujer estéril, casi extraña á la voluptuosidad lo mismo

que á la maternidad, sino que pudo recoger abundantes pruebas de que la Condesa sentía por ella el desprecio de raza, tan absoluto, como si Venecia hubiese sido una ciudad de los Estados Unidos.

El fondo del Adriático abunda en prejuicios de sangre como todos los países limítrofes que han servido de confluentes á la marcha de muchos pueblos.

Baste, para convencerse de ello, haber oído á un veneciano tratar á los slavos de *Cziavoni* y á los levantinos de *Gregugny*.

La señora Steno, en las cartas que escribía, sin el menor cuidado, lo mismo que cuando hablaba, expresaba todas las libertades de la pasión y no llamaba nunca á Lydia más que la *Morettina*, y por una razón natural, jamás el nombre del hermano de esta *Morettina* era mencionado sin alguna fórmula de amistad. Para que la querida de Maitland tratase á Florent de esta suerte, preciso era que estuviese segura de que no le era hostil. Así lo comprendió Lydia, y también que esto era un nuevo signo de los sentimientos de Florent hacia Lincoln, que daba á su cuñado la preferencia sobre su hermana... ¡y en qué ocasión! Las más secretas heridas del ser íntimo de Lydia sangraron á la vez con la lectura de aquellas cartas. El éxito del retrato de Alba, que prometía ser una obra maestra, acabó de precipitarla á una acción abominable y feroz. Resolvió denunciar los nuevos amores de la señora Steuo al amante engañado, y escribió las doce cartas, sabiamente calculadas y graduadas, que habian, en efecto, determinado el regreso de Gorka. Aquella Yago habíase decidido á intentar una acción más criminal con Alba. ¿Qué nombre dar á aquella carta anónima enviada á una hija para revelarla la

doble intriga de su madre? Pero Lydia encontrábase en uno de esos momentos de exasperación en que las armas más viles parecen las mejores, y envolvía á la inocente Alba en su odio por Maitland, á causa del retrato, cambio de sentimiento que mostraba la envidia de la que aquella alma obscura estaba emponzoñada. ¡Ah!... ¡Qué acres delicias le hizo sentir el resultado simultáneo de aquella doble infamia! ¡Qué salvaje alegría, mezclada de amargura y de éxtasis como todas las saciedades de nuestros mortales odios, sintió la antevíspera al notar el enervamiento de la pobre Alba y la cólera contenida de Boleslas! Había visto en el pensamiento á Maitland provocado por aquel rival que ella sabía era una especialidad en todos los ejercicios de *sport*, y también muy diestro en el manejo de la pistola y de la espada. No hubiese sido una nieta de una esclava de la Luisiana, si no mezclase á la energía natural de sus odios una dosis considerable de superstición. Una echadora de cartas le había predicho, por las líneas de su mano, que ella causaría la muerte violenta de alguno.

—Será la de él—había pensado mirando á su marido con un horrible estremecimiento de esperanza.—Y he aquí que esta vez tenía la prueba, la indiscutible prueba de que aquella venganza concluía en el peligro de otro, ¡y de qué otro! Las cartas y el testamento de Florent le mostraban la amenaza de un duelo fatal, suspendida sobre la cabeza del ser más querido por ella. Había llevado á un encuentro trágico á la única persona á que amaba. La decepción de aquel corazón en el que palpitaban las feroces energías de un atavismo brutal fué tan repentina, tan viva, tan dolorosa, que lanzó gritos inarticulados, puesta de codos en la mesa de su